



**D. E. L**

## **Canto lírico a la libertad de Lima**

Buenos Aires

No es dado a los tiranos  
eterno hacer su tenebroso imperio  
sobre el globo infeliz, llevando insanos  
a doquier el terror, el llanto, el duelo,  
la viudez y orfandad; en vano el trono 5  
ven con ardiente celo  
guardar a los ministros de su furia;  
en vano fieros desde el alto asiento  
de su injusto poder miran los males  
de pueblos oprimidos y obedientes 10  
por largo espacio al ímpetu violento  
de su cruel ambición; ya las señales  
de su ruina y oprobio están presentes;  
llega por fin el día, en que hasta el polvo  
su soberbia humillada 15  
será de las naciones execrada.

Así el poder de Jerjes orgulloso,  
así el dominio del feroz Atila,  
tan solo en la memoria  
duran hoy de los hombres, y es su gloria 20  
del Orbe aborrecida; ya pasaron,  
cual plagas espantosas, y a la tierra  
solo largos recuerdos le dejaron  
de incendios, muerte, asolación y guerra.

Así, oh, España, vimos 25  
caer aquel vasto y gótico edificio,  
que a tu infausta ambición sobre las ruinas  
de dos ricos imperios levantaste  
en el nuevo hemisferio: al torpe vicio,  
al sórdido interés abandonada, 30  
fuiste esclava a tu vez, también probaste  
en justa pena de tu horrendo crimen  
el duro yugo que la ardiente espada,  
de Napoleón te impuso. Entonces gimen  
tus hijos degradados, los que fieros 35  
a Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos  
hasta el soberbio muro gaditano  
los brillantes trofeos  
las águilas francesas anunciaban 40  
del César más altivo, heroicos gritos  
por todo el Nuevo Mundo resonaban  
contra la antigua España y sus decretos,  
que del colono con la sangre escritos,  
a eterna esclavitud lo condenaban. 45  
Diez años a los hijos de Colombia  
sobre los montes y tendidos llanos  
vio el sol entre fatiga,  
y muerte y destrucción la horrenda liga  
combatir de los bárbaros tiranos, 50  
invocar de la patria el santo nombre,  
y constantes y fieles,  
su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable  
y confuso clamor alto silencio 55  
se sigue, comparable

al que vemos reinar en el océano,  
cuando ya cesa el aquilón furioso  
de agitarlo y bramar; cuando sus aguas,  
blandamente del céfiro movidas, 60  
calma dan y reposo  
a las almas de espanto confundidas;  
silencio majestuoso,  
que a la opulenta Lima ya cercano,  
San Martín interrumpe, cuando clama: 65  
«Independencia al suelo americano».

Oye atroz tirano  
este augusto decreto del Eterno  
con profundo terror, el negro Averno  
abierto ve a sus pies, cual otras veces, 70  
al oír la voz del trueno retumbante  
que le acusa de crímenes horrendos.  
¡Oh, gloria! San Martín ya entra triunfante  
a la gran capital donde reinaba  
el sangriento poder, la vil codicia, 75  
que a ejemplo de Pizarro, devoraba  
al visir orgulloso;  
aquí los fieros déspotas, viviendo  
tres siglos en deleite escandaloso,  
la miserable suerte 80  
del colono un momento no aliviaron,  
y a servidumbre y muerte,  
gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la patria,  
marcha la libertad, hermosa brilla 85  
y augusta la razón; ¡glorioso día!,  
ya disipan sus rayos luminosos  
la noche del error que antes cubría  
con un velo fatal los espantosos  
designios del tirano. 90  
Ya en toda Lima el himno soberano  
de libertad resuena;  
ya rota la cadena  
de amarga esclavitud, canta las glorias  
del grande capitán; ya los clamores 95  
de un pueblo agradecido las victorias  
publican de los libres:  
¡Libertad! ¡Libertad! Sublime acento,  
que lleva el eco desde el hondo valle  
a los montes más altos y fragosos, 100  
y repiten los mares procelosos.

Oh, ilustre pueblo, en el más fuerte asilo  
de antiguos opresores, circundado  
de bárbaros sayones,  
valorar la virtud aún no te es dado 105  
del fuerte de los fuertes, del gran genio,  
que al frente de guerreros escuadrones,  
de audaces poderosos enemigos  
venció la rabia insana;  
tú, que a la dulce libertad hoy naces, 110  
aún no puedes saber de cuanto lustre  
ha colmado a la gente americana;  
en tu dicha inefable y suspirada  
pregúntalo a los pueblos, que del yugo  
libertó de opresión su heroica espada; 115  
oye los claros hechos,  
que del héroe pregonan  
los pueblos libres en sagrada alianza,  
y une a los cantos, que a su gloria entonan,  
el debido tributo de alabanza. 120

San Martín animado  
de celestial impulso, en el gran libro  
leyó de los destinos, que Colombia,  
largo tiempo oprimida  
por la ambición más bárbara y funesta, 125  
cobrando nueva vida,  
rompiendo sus prisiones,  
alzarse debe libre, independiente  
de la soberbia España,  
y triunfadora de su cruda saña 130  
bella y rica mostrarse a las naciones.  
El intrépido jefe, los peligros  
contempla, y las distancias  
que ha de arrostrar en la gloriosa empresa;  
ora al tirano ve, que armado en muerte, 135  
un momento no cesa  
de oprimir obstinado, y a la suerte  
de la patria oponerse venturosa;  
en el carro tremendo  
ora lo ve en la lucha sanguinosa, 140  
y entre el horror de muertes mil cayendo  
ve al generoso indiano; mas es justa  
la causa que al caudillo el pecho inflama.  
Sí, de los cielos la justicia augusta  
ordena combatir; pronto la sangre 145  
se verterá a torrentes,  
y caudalosos ríos por tributo  
la llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece  
del fuerte San Martín que se imagina 150  
el cuadro portentoso  
de las generaciones venturosas,  
que a tanto precio poblarán un día  
comarcas numerosas  
en el indiano suelo: 155  
rasgando el denso velo  
del arduo porvenir, al firmamento  
alza los ojos, y al Eterno implora  
en favor de la patria, a quien su aliento  
generoso consagra. Arrebatado 160  
de tan alto pensar, allá en la cima  
de los Andes que el sol eterno dora,  
ve a Colombia sentada; ella lo anima  
con expresivo maternal acento  
a ejecutar, como hijo denodado, 165  
los planes que medita:  
ella le muestra su fecundo seno  
herido y destrozado  
por el rayo y el trueno,  
por la sangrienta guerra que lo agita; 170  
ella el camino de la excelsa gloria,  
la senda hermosa del honor señala  
al jefe ilustre, que vengarla debe  
con eterna victoria  
de su tormento, a que ninguno iguala. 175

Portento tal de San Martín inflama  
el pecho fiel, su brazo fortifica:  
en la diestra el acero fulminante  
el bélico furor ya comunica  
a la hueste que en Cuyo preparara 180  
al estruendo y estragos de la guerra.  
Fue entonces débil muro  
a la gigante empresa que formara,  
la alta y nevada sierra.  
En asilo seguro, 185  
al otro lado de la mole inmensa,  
se creyó largo tiempo el vil tirano,  
cuando repente, con asombro, escucha  
el sonoro clarín del bravo indiano,  
cuando con ojos aterrados mira, 190  
que San Martín a la tremenda lucha  
descendía con fuertes batallones,  
de la fragosa altura al fértil llano,  
de libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos 195  
de gloria y alto honor, que lo agitaban,  
allá en la cumbre de soberbios montes,  
del Éter puro en la región sublime?  
¿Quién logrará los altos pensamientos  
dignamente cantar, que lo elevaban 200  
sobre la esfera entonces  
de las pasiones viles, que oscurecen  
la mente del común de los mortales?  
A designios tan nobles, tan augustos  
los acentos de Clío desfallecen; 205  
para ejemplo y asombro, los anales  
del mundo lo dirán: no fue de Aníbal  
tan heroico el aliento,  
cuando el consejo y fuerza del romano  
allá sobre los Alpes contemplaba, 210  
y eterno monumento  
en Canas a su gloria levantaba.

Así fue que, cual rayo desprendido  
del alto cielo en tempestad sonora,  
destruyó en Chacabuco el yugo infame 215  
que el chileno oprimía;  
después, en Maypo, en más tremendo día,  
a esfuerzos de valor y de constancia,  
a la patria salvó, dobló la afrenta,  
y humilló la arrogancia 220  
del opresor sangriento, que tornaba  
más fiero y confiado  
en huestes numerosas, que mandaba.  
Entonces San Martín un nuevo Estado  
dio a la sagrada causa; en premio entonces 225  
él vio cuanto brillaba  
su heroísmo a la faz de las naciones;  
él oyó resonar su claro nombre  
en las dulces canciones,  
en los cantos heroicos, que los hijos 230  
de Apolo consagraban inspirados  
a sus grandes hazañas; todos vimos,  
que los dardos entonces disparados  
por la rabiosa envidia contra el héroe,  
en su escudo luciente, impenetrable 235  
volaban a romperse: así admirable  
respondió San Martín a la esperanza  
que un día en él fundaron  
Buenos Aires y Chile,  
cuando sus nobles armas le confiaron. 240

Mas aún no era bastante  
a su grande alma el español orgullo,  
en Chile por dos veces humillado.  
Aquí tan solo ejecutaba parte  
de los planes profundos que en su mente 245  
continuo revolvió: nuevo Marte  
debe ser y llevar rápidamente  
más allá de los montes,  
más allá de los mares,  
las armas de la patria. Consumada 250  
así la libertad, así la gloria  
de Colombia verá; su fuerte espada  
aún debe fulminar, hasta que en Lima  
se vea entrar triunfante  
el altar de la patria; aún es forzoso 255  
el solio derribar, que allí, arrogante,  
en triste aciago día,  
por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heroico Chile  
de San Martín la empresa favorece. 260  
¡Cuánto se inflama el atrevido genio!  
¡Cuál su entusiasmo crece,  
al llegar a las playas arenosas  
del Pacífico mar! Oír le parece,  
al ruido de las olas espumosas, 265  
las plegarias fervientes  
del Perú, de sus pueblos numerosos,  
que contra los tiranos inclementes  
auxilio le demandan animosos:  
esperad, esperad, gente peruana; 270  
favorables los vientos  
impelen ya las naves atrevidas,  
que os llevarán la hueste americana;  
ellas van conducidas  
por el nuevo Argonauta, el grande Cochrane, 275  
que triunfa de los fieros elementos,  
y en tus costas humilla  
el pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende a los tiranos  
al eco de la Fama, que publica, 280  
que a su imperio los hijos belicosos  
abordan de la patria! A los prestigios  
del fanatismo odiosos,  
y a las armas acuden; asombrados

huyen sus ojos del profundo abismo 285  
donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuánta sangre y sudor, cuánta fatiga  
os esperan, soldados de la patria,  
antes que en el Perú logréis dichosos  
arrancar el laurel de la victoria! 290  
En medio de verdugos espantosos,  
aún el visir de Lima  
eterno cree su imperio,  
aún os condena a eterno cautiverio,  
aún los brazos armados por su furia 295  
impule en vuestro daño a los combates;  
mas una vez y mil en vuestro aliento  
encuentra oprobio, ruina y escarmiento.  
Tened vuestro furor, crueles tiranos;  
muchas veces la tierra 300  
se estremeció con el horror y espanto  
de asoladora guerra  
que movisteis a pueblos, que del hombre  
los sagrados derechos invocaban;  
mas de vuestra crueldad ellos triunfaban, 305  
y sobre vuestras ruinas muerte o gloria  
a la divina Libertad juraban.

Decid, oh, Grecia, oh, Roma,  
oh, Helvecia, y tú, oh, Boston, en la ardua empresa  
de vuestra libertad, cuántos furores 310  
tuvisteis que arrostrar; decid las plagas,  
las muertes, los horrores  
que en medio de vosotros arrojaron  
los déspotas feroces; mas con gloria  
de tanto mal triunfaron 315  
vuestro valor y sin igual constancia.  
Oh, Colombia inocente,  
también oponen pechos de diamante  
tus hijos esta vez al gran torrente  
de la devastación: ¡felice día!, 320  
hoy un muro de bronce han levantado  
entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en Lima el oro con el fraude  
hoy prodigue la raza de tiranos  
a mercenarios viles; los valientes 325  
de la patria se acercan,  
y con rayos ardientes  
las falanges combaten y destrozan

de bárbaro opresor; solo en la fuga  
busca ya su salud, abandonando 330  
a la gran capital: mas ¡ay! primero,  
con despecho nefando,  
sus fueros más sagrados atropella,  
le arranca sus tesoros, y cargado  
de crímenes horrendos, a los montes 335  
corre precipitado  
a ocultar su ignominia; ¡ya el soldado,  
que desmaya infeliz en su carrera  
con saña nunca vista, la más fiera  
por el hispano jefe es inmolido! 340  
Como la densa nube,  
que amaga destrucción, es impelida  
al remoto horizonte por el viento,  
así de espanto herida,  
para eterno escarmiento, 345  
huye la hueste sanguinosa, y deja  
de su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres  
del orgullo europeo convertidas  
en polvo caen, y el ídolo sangriento 350  
del fanatismo horrible. Ya el palacio  
ocupa San Martín donde las leyes  
de sangre se dictaron; largo espacio  
allí adoro la soberbia imagen  
de los hispanos reyes; 355  
mas ora en Lima el pérfido tirano  
no encuentra algún asilo a su vergüenza;  
hoy muere su esperanza,  
pues no puede surcar el oceano,  
y allá en Europa concitar la saña; 360  
cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres , que inflamados  
a la luz de la gran filosofía,  
pudisteis anunciar del Nuevo Mundo  
la libertad a todas las naciones: 365  
Salve, una vez y mil, sabios varones;  
ved ya, para consuelo, realizada  
la teoría del bien, que al hombre un día  
le fue en vuestros escritos revelada.  
Cuando la espesa nube del misterio 370  
en larga noche, tenebrosa y fría  
los pueblos infelices conservaba;  
cuando la España con pesado cetro  
de América los brillos eclipsaba,

vuestro sagrado acento 375  
fue una luz celestial, fue luz divina,  
que al mísero colono dio el aliento,  
con que después rompiera  
el yugo abominable, que tres siglos  
en oprobio del hombre le oprimiera. 380  
Vuestros nombres el mundo agradecido  
jamás olvidará. Ved ya destruido  
para siempre el contrato380,  
que en ruina de los Incas celebraron  
la vil codicia y ambición sangrienta; 385  
aquel contrato horrendo,  
que selló el fanatismo381, y aún lamenta  
la triste humanidad; ella aún gimiendo  
nos recuerda, que un día fue insultado  
el Dios de paz en sacrificio augusto 390  
por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,  
el compasivo llanto, que derramas  
sobre las tumbas de tus caros hijos  
que vibrando su espada, 395  
del Septentrión al Sud por ti murieron;  
tus ojos, largo tiempo encadenada,  
harto llanto vertieron;  
hoy, libre de opresión, en ellos brille  
la más dulce alegría; 400  
los himnos oye, con que te saludan  
de un polo al otro polo tus guerreros  
en tan dichoso día.  
Ved como, vencedores del tirano,  
levantan a porfía 405  
altares a tu nombre soberano.  
A ti, patria querida, han consagrado  
el código sublime  
de nuevas sabias leyes, que han formado.  
Ellas fruto sagrado 410  
son de virtud y sangre generosa,  
con que la faz de tu hemisferio hermosa  
en lides mil y mil enrojecieron,  
cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo 415  
crecerá majestuoso  
de libertad el árbol sacrosanto;  
sobre los montes alzará su frente,  
y sus ramas pomposas  
cubrirán el más vasto continente. 420

Sí, que el día ha llegado,  
en que el antiguo déspota humillado  
en su rabia inhumana,  
los hombres todos de diversos climas  
den aumento a la gente americana. 425

Ya tus altos destinos  
se pronuncian, oh, patria, en los consejos  
de tus sabios varones.  
Tus fieles hijos todas las regiones  
pueden ya visitar; no, no está lejos 430  
el día, en que los libres de Occidente  
que habitan en tu imperio,  
lleven al Indo y Ganges caudalosos,  
sus frutos y tesoros más preciosos.  
Por más breve, más próspero camino 435  
sus naves llegarán al Golfo Indiano,  
no como el Lusitano ,  
cuando en el Tormentorio navegaba,  
y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos, 440  
tanta dicha estorbar, que el cielo envía  
a la angustiada tierra;  
ni la superstición, ni el fiero orgullo,  
que en vuestros pechos de crueldad se encierra,  
renovarán nuestros pasados males. 445  
¡Feliz posteridad! De vuestros bienes  
hoy nos da la razón claras señales;  
¡mi mente, al contemplarlos, cuál se agita  
en un furor divino!  
yo veo del alcázar del destino 450  
súbito abrirse las ferradas puertas,  
y allí, en letras de fuego escrita, leo  
vuestra dicha futura.  
No, no es grata ilusión, vano deseo;  
que fiel me lo asegura 455  
la sagrada Opinión, que al Nuevo Mundo,  
al orbe, a todos clama:  
Libertad, libertad, fuera tiranos,  
que toda esclavitud al hombre infama.  
¡Época memorable! Ya los pueblos, 460  
que tan altos, acentos hoy escuchan,  
como las olas de la mar se agitan,  
el carro de la guerra precipitan  
contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo esclava 465  
del poder más fanático y sangriento,  
con sangre y fanatismo esclavizaste  
al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.  
Si es verdad, que respiras hoy el aura  
de libertad augusta, 470  
de esta eterna deidad, que el orbe adora,  
no quieras por más tiempo ser señora  
de Colombia inocente;  
reconócela libre, independiente  
del trono de tus reyes. 475  
Si hoy al fin olvidada  
de tus sangrientas leyes  
acceptares la paz, que te ofrecemos,  
con fervor sacro, y en un mismo idioma  
la libertad del mundo cantaremos. 480

¿Pero qué monumento, o gran Colombia,  
consagrarte debemos,  
cuando a la faz de todas las naciones  
libre, joven y hermosa te presentas?  
¿Dónde el sublime artífice hallaremos, 485  
que en su obra muestre cuanto bella ostentas?  
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos  
de Egipto las pirámides enormes,  
los grandes obeliscos consagrados  
hasta ahora al fanatismo y al orgullo? 490  
No, que tus fuertes hijos inflamados  
del entusiasmo ardiente,  
te alzarán al Olimpo  
de un modo más grandioso y permanente  
que el griego y el romano, 495  
cuando con mano experta y atrevida  
a mármoles y bronces dieron vida.

Tu prole venturosa  
subirá a la alta cima  
de los nevados Andes; allí el genio 500  
inflamará su audacia hasta que imprima  
gigante humana forma y asombrosa  
al mayor de los montes; en la estatua  
de la divina Libertad la tierra  
lo verá convertido; 505  
estatua que resista al gran torrente  
de los siglos, y triunfe del olvido;  
estatua colosal, nuevo portento,  
que domine las tierras y los mares.

Así los navegantes, 510  
que osados dejan los paternos lares,  
así los fatigados caminantes,  
al ver de un horizonte más lejano  
tan alto monumento,  
saludarán con alma reverente 515  
a la deidad, al numen soberano,  
que por siempre será de gente en gente  
invocado en el mundo americano.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

